

las cortinas de la ventana de la señora Desroches. ¡Ah! ¡ese ejército de la desesperación; ese ejército de perdición que se enviaba á que lo aplastaran, á que lo aniquilaran, para salvar una dinastía! ¡Anda! ¡Anda! ¡sin mirar hacia atrás, bajo la lluvia, en el lodo, al exterminio!

VI

—¡Demonio!—dijo al despertarse Chouteau á la mañana siguiente, helado y cansado, dentro de la tienda--de buena gana tomaría un caldo, con mucha carne alrededor.

En Boulton-aux-Bois, donde acamparon, sólo había habido un reparto de patatas, pues la administración militar, cada vez más aturdida y desorganizada por las marchas y contramarchas continuas, no llegaba nunca á encontrar las tropas en los sitios señalados por el Estado Mayor. No sabían ya donde encontrar entre el desorden que existía, los rebaños, y esto significaba la penuria á cada instante y la miseria en perspectiva.

Loubet, que se desesperaba, dijo desilusionado:

—¡Se acabaron para siempre los gansos asados!

La escuadra estaba triste, sombría. Cuando no comían, no había alegría. Y para colmo de males, la lluvia continuaba sin cesar y el barro les servía de cama.

Al ver que Pache se santiguaba después de haber rezado, como tenía por costumbre todas las mañanas, Chouteau se volvió hacia él, encolerizado:

—Pídele á Dios, hombre, que nos envíe un par de salchichones y una botella de vino.

—¡Si siquiera tuviésemos pan hasta hartarnos!—

añadió Lapoulle, que sufría enormemente, mucho más que los otros, pues tenía un apetito terrible.

El teniente Rochas los hizo callar. ¿No era vergonzoso pensar siempre en llenarse la tripa? El, filosóficamente, se apretaba el cinturón cuando no había qué comer. Desde que las cosas habían tomado tan mal cariz y que por momentos se oía el tiroteo, había vuelto á recuperar toda su confianza, más testarudo que nunca. La cosa no podía ser más sencilla. ¿Estaban allí los prusianos? sí, ¡pues ya estaban derrotados! y hacía un movimiento de hombros, como burlándose del capitán Beaudoin, ese joven, como él le llamaba, que había perdido su equipaje y que estaba inconsolable. Se podía pasar sin comer, bueno, pero lo que le indignaba era no poder mudarse la camisa.

Mauricio se despertó temblando de frío y disgustado. Su pie, gracias al calzado ancho, no se le había inflamado, pero el diluvio de la vispera, que le había calado el capote, le dejó todo el cuerpo destrozado. Le enviaron á buscar el agua para hacer el café y miraba la llanura en cuyo extremo estaba situado Boulton aux Bois: los bosques se dirigen al Norte y al Oeste sube una cuesta hasta el pueblo de Belleville; mientras que del lado de Buzancy, al Este, se extienden vastos terrenos llanos, con ondulaciones suaves, en las que se ocultan algunas aldeas. ¿Se aguardaba por allí al enemigo? Al volver con la cantimplora llena de agua, una familia de aldeanos, acongojada, delante de la puerta de su casita, le llamó, preguntándole si se iban á quedar las tropas para defenderlos. En tres ocasiones, con el ir y venir de órdenes y contraórdenes, el 5.º cuer-



po había atravesado el país. La víspera se había oído el cañoneo del lado de Bar, los prusianos debían estar á unas dos leguas. Cuando dijo que el 7.º cuerpo iba á marchar probablemente, las pobres gentes empezaron á llorar. Los abandonaban, los soldados no iban allí para batirse, los veían aparecer y desaparecer, huyendo siempre.

—Los que quieran azúcar,—dijo Loubet mientras servía el café—no tienen más que meter el dedo y aguardar á que se derrita.

Ninguno se rió de la ocurrencia. El café sin azúcar era poco agradable; ¡si hubiesen tenido galletas siquiera! La víspera, para pasar el tiempo sobre la meseta de Quatre Champs, casi todos habían dado fin de las provisiones que tenían, comiéndose hasta las migajas. Pero lo escuadra encontró, afortunadamente, una docena de patatas, que se repartió amigablemente.

—Si hubiera podido preveer esto,—dijo Mauricio,—hubiese comprado un pan en el Chéne.

Juan escuchaba, pero callaba. Al levantarse había tenido una disputa con Chouteau, á quien había querido enviar á huscar la leña, pero éste se negó, insolentándose, diciéndole que no le correspondía. Desde que las cosas marchaban de mal en peor, aumentaba la indisciplina, y los jefes no se atrevían á castigar á los soldados. Juan, con su calma, comprendió que no tenía más remedio que prescindir de su autoridad para no provocar tumultos á cada instante. Se había familiarizado con su escuadra, haciéndose amigo de los soldados, á los que su experiencia y práctica de la vida militar prestaba grandes servicios. Si en su escuadra no se comía

siempre bien, no se moría de hambre como pasaba en otras. Lo que sufría Mauricio le hacía enternecer, le miraba preocupado, preguntándose cómo podría llegar hasta el fin de la jornada aquel muchacho tan débil.

Cuando Juan oyó que Mauricio se quejaba de la falta de pan, se puso en pie, desapareció un momento y volvió después de haber registrado su mochila.

—¡Toma!—dijo entregándole á escondidas una galleta.—Escóndela, pues no tengo para todos.

—Pero ¿y tú?—preguntó el joven.

—Yo, no tengas cuidado... Me quedan dos.

Era verdad. Había guardado tres galletas para el caso de que tuvieran que batirse, sabiendo de antemano que en los campos de batalla se desarrollaba el apetito. Además, había comido una patata, y esto le bastaba. Después Dios diría.

A las diez, el 7.º cuerpo se puso en movimiento. La primera idea del mariscal Mac Mahón había sido de enviarle por Buzancy, sobre Stenay, donde hubiera pasado el Meuse. Pero los prusianos, ganando en velocidad al ejército de Chalons, debían hallarse en Stenay y aún tal vez en Buzancy. Así es que rechazado hacia el Norte, el 7.º cuerpo acaba de recibir la orden de dirigirse á la Besace, á unos veinte kilómetros de Boulton aux Bois, para ir desde allí, al día siguiente, á pasar el río Meuse, por Mouzon. Al emprender la marcha, los soldados se quejaban, tenían el estómago casi vacío, los cuerpos cansados, extenuados por las fatigas de los últimos días; los oficiales entristecidos por lo que veían, cediendo al malestar de la catástrofe hacia



la cual marchaban, se lamentaban de aquella inacción, se irritaban porque no los habían enviado á Buzancy para apoyar al 5.º cuerpo, cuyo cañoneo habían oído. Aquel cuerpo debía también batirse en retirada, subir hacia Nouart, mientras que el 12.º salía de Besace para Mouzon y el 1.º tomaba la dirección de Raucourt. Era aquella una marcha de rebaño apaleado, hostigado por los perros, empujándose, atropellándose, hacia aquel Meuse tan deseado, después de tantos retrasos y tardanzas.

Cuando el 106.º dejó á Boulton aux Bois á retaguardia de la caballería y de la artillería, en aquel chorear de hombres de las tres divisiones que rayaban la llanura, el cielo se encapotó de nuevo, y aquellas nubes lívidas acabaron de entristecer á los soldados. El 106.º seguía la carretera de Buzancy, adornada con magníficos álamos. En Germond, una aldea, en la cual los montones de estiércol humeaban delante de las puertas, las mujeres lloraban, cogían los niños, los tendían hacia las tropas, como pidiendo que se los llevaran. No quedaba allí un bocado de pan, ni una patata. Después, en vez de seguir hacia Buzancy, el 106.º tomó por la izquierda, subiendo hacia Authé, y los soldados, al ver del otro lado de la llanura, sobre la cuesta, á Belleville, que habían atravesado la vispera, comprendieron que desandaban lo andado.

—¡Rayos y truenos!—dijo Chouteau—¿pero creerán que somos peones?

Y Loubet añadió:

—¡Vaya unos generales de tres al cuarto! Ya se conoce que nuestras piernas no les cuestan dinero.

Todos se incomodaban. No se cansaba á tantos

hombres por el solo gusto de pasearse. Y por la extensa llanura, entre los anchos repliegues del terreno, avanzaban por columnas en dos filas, una á cada lado del camino; en el centro marchaban los oficiales; pero ya no era como al día siguiente de salir de Reims, en la Champagne, una marcha alegre por canciones y chistes, con la mochila al hombro, fuertes y llenos de esperanza, con el deseo de ganar por la mano á los prusianos y de batirlos luego; ahora, silenciosos y tristes, irritados, arrastraban sus cuerpos con el odio hacia el fusil que los magullaba y renegando de su mochila que les rendía, sin fe en sus jefes, dejándose caer con tal abatimiento que sólo marchaban como el ganado, bajo la fatalidad del látigo. El miserable ejército empezaba á subir su calvario.

Mauricio hacía unos momentos que miraba con mucha atención. Por izquierda, hacia el valle que subía en las gradaciones, acababa de ver salir de un bosquecillo lejano á un hombre á caballo. En seguida aparecieron otros dos. Los tres estaban inmóviles, pequeños, á causa de la distancia. Creyó que era algún reconocimiento de caballería, cuando algunos puntos brillantes de los hombros, sin duda los reflejos de las hombreras, le llamaron la atención.

—¡Mira allí!—dijo Juan.—Son hulanos.

El cabo se restregó los ojos.

—¡Aquello!

En efecto, eran hulanos; los primeros prusianos que veía el 106.º. Llevaba el regimiento mes y media en campaña y no había quemado un cartucho y ni aun había visto su enemigo.



Corrió la voz, todas las cabezas se volvieron con curiosidad. No tenían mala pinta aquellos hulanos.

—Uno ee ellos está bastante bien de carnes,— hizo notar Loubet.

Pero á la izquierda del bosquecito, en la meseta, se presentó un escuadrón. Y ante aquella aparición amenazadora, la columna hizo alto. Llegaron órdenes y el 106.º fué á colocarse detrás de unos árboles, al lado de un riachuelo. La artillería retrocedió para establecer las baterías sobre una meseta. Durante dos horas estuvieron así, formados en batalla sin que ocurriera nada. En el horizonte la masa de caballería permanecía inmóvil, y comprendo por último que perdían el tiempo inútilmente, volvieron á emprender lo marcha.

—¡Vamos!—dijo Juan—otra vez será.

A Mauricio le quemaban las manos, tenía deseos de disparar un tiro. Y volvió á caer en la cuenta de que la víspera se había cometido una torpeza no acudiendo á apoyar el 5.º cuerpo. Si los prusianos no atacaban debía obedecer á que no tenían aun bastante infantería disponible; de manera que aquellas demostraciones, aquellas descubiertas de caballería sólo debían tener por objeto paralizar, retrasar la marcha de los cuerpos. De nuevo volvían á caer en el lazo, y en efecto, desde aquel momento, el 106.º vió continuamente á los hulanos á su izquierda en cada accidente del terreno los seguían, lo vigilaban, desaparecían detrás de cualquier casa, para volver á aparecer en otro sitio.

Poco á poco los soldados se cansaban al verse envueltos de aquel modo, como en las mallas de una invisible red.

—¡Nos fastidian!—decían Pache y el mismo La-pouille.—Si les enviáramos unas cuantas peladillas, nos serviría de algún consuelo.

Continuaban andando, marchando siempre, penosamente, cansándose mucho. Con el malestar que producía aquella caminata, sentían que el enemigo los iba cercando por todas partes, del mismo modo que se siente la tormenta antes de que estalle. Se habían dado órdenes muy severas á la retaguardia, y ya no había rezagados, con la certidumbre que tenían de que los prusianos seguían los cuerpos y recogían al que se quedaba en el camino. La infantería enemiga llegaba á toda prisa, marchando á razón de cuarenta kilómetros por día, mientras que los regimientos franceses, cansados, paralizados, apenas avanzaban.

En Authé, el cielo se despejó, y Mauricio, que se guiaba por la dirección del sol, pudo notar que en vez de subir hacia el Chéne, á tres leguas de allí, daban la vuelta para dirigirse en línea recta hacia el Este. Eran las dos de la tarde y el calor empezó á molestar á las tropas, después de haber tenido frío con el agua que sobre ellos había caído durante dos días. El camino subía dando muchos rodeos por entre planicies desiertas. Ni una casa, ni un sér viviente rompían la monotonía del paisaje; de vez en cuando algún bosquecito y el triste silencio de aquellas soledades había contagiado á los soldados, que con la cabeza baja y sudando arrastraban penosamente los pies. Llegaron á Saint-Pierremont y se presentaron á la vista algunas casitas vacías sobre un montecillo. No atravesaron la aldea y



Mauricio pudo notar que tomaban por la izquierda, hacia el Norte, en dirección de la Besace.

Comprendió entonces qué camino habían elegido con objeto de llegar á Mouzón antes que los prusianos. ¿Lograrían lo que se habían propuesto con tropas tan cansadas y desmoralizadas? En Saint-Pierremont volvieron á presentarse los hulanos, allá, á lo lejos, en el recodo del camino que conducía á Buzancy, y al abandonar la aldea la retaguardia, una batería envió algunas granadas, que cayeron sin causar bajas.

No contestaron; continuaron la marcha, cada vez más penosa.

Desde Saint-Pierremont hasta la Besace quedaban tres leguas, y Juan, á quien Mauricio acababa de decirselo, dió señales de desesperación; los soldados no podrían recorrerlas, lo comprendía perfectamente al ver su abatimiento, al notar lo extraviado de sus miradas. El camino seguía subiendo entre dos montecitos que se estrechaban poco á poco. Fué necesario hacer alto. Pero aquel descanso sólo había logrado enfriar los miembros, y cuando emprendieron de nuevo la caminata, fué peor todavía; los regimientos no avanzaban, y algunos hombres cayeron. Juan, que veía palidecer á Mauricio, cuyas miradas se extraviaban, hablaba mucho contra su costumbre, para animarle, distraerle.

—¿Dices que tu hermana vive en Sedán? ¡Tal vez pasemos por allí!

—¿Por Sedán? ¡Nunca! No es nuestro camino, tendrían que haberse vuelto locos.

—¿Es joven tu hermana?

—Tiene la misma edad que yo. Ya te he dicho que somos gemelos.

—¿Se parece á tí?

—Sí, es tan rubia como yo, y con el pelo rizado, muy suave... muy pequeñita, con la cara delgada y no mete mucha bulla. ¡Pobrecita!

—¿Os queréis mucho?

—Sí... sí...

Hubo un momento de silencio y Juan, que no perdía de vista á Mauricio, notó que cerraba los ojos y que iba á caer.

—¡Eh! compañero... tente derecho, ¡vive Dios! Dame tu fusil, así descansarás un poco... Vamos á perder la mitad de la gente en el camino. ¡No es posible ir más allá por hoy!

En este momento acababa de ver enfrente el pueblecito de Oches, cuyas casitas se presentaban en forma de anfiteatro. La iglesia, de color de ocre, lo dominaba todo.

—Con seguridad que vamos á dormir allí,—dijo Juan.

Había adivinado. El general Douay que notaba el cansancio de las tropas, comprendió que era imposible llegar á la Besace aquel día. Lo que le decidió sobre todo, fué la llegada del convoy, aquel molesto convoy que venía arrastrando detrás de sus tropas desde Reims y cuyas tres leguas de carros y de acémilas, tanto retrasaban las marchas. Había dado orden para que desde Quatre Champs se dirigiera directamente á Saint-Pierremont, y en Oches fué donde el convoy había alcanzado al ejército, tan agotadas las fuerzas que las caballerías



no querían andar más. Eran las cinco. El general Douay, temiendo penetrar en los desfiladeros de Stonne, renunció á acabar la etapa señalada por el mariscal. Se detuvieron y acamparon; el convoy abajo, en las praderas, estaba guardado por una división, mientras que la artillería se instalaba detrás, sobre una eminencia y más arriba la brigada que debía ir á retaguardia, enfrente de Saint Pierrremont. Otra división, de la que formaba parte la brigada de Bourgain Desfeuilles, se estableció detrás de la iglesia, sobre una ancha meseta que bordeaba un bosque de encinas.

Llegaba la noche, cuando el 106º pudo por fin instalarse en la orilla del bosque, no sin gran trabajo, tal había sido la confusión para elegir los puestos.

—¡Silencio! dijo Chouteau, ¡yo no cómo, duermo!

Todos decían lo mismo. Muchos no tenían alientos para clavar las tiendas de campaña, se dormían donde caían.

Además, para poder comer hubiera sido necesario que la administración militar hubiese hecho un reparto de provisiones, y la administración militar, que aguardaba al séptimo cuerpo en la Besace, no se hallaba en Oches. En el abandono que reinaba, ya no se tocaba á provisiones. El que podía se aprovisionaba y el que no, lo dejaba. Desde este momento ya no se distribuyó nada á las tropas; los soldados tuvieron que vivir con los víveres que debían llevar en sus mochilas, y las mochilas estaban vacías; pocos fueron los que encontraron algo de lo que les había sobrado en Vouziers. Tenían aún café; los menos cansados lo bebieron sin azúcar.

Cuando Juan quiso comer, dando á Mauricio una

de las dos galletas que le quedaban, vió que éste dormía profundamente. Quiso despertarle, pero después, estoicamente, volvió á colocar las dos galletas en la mochila, escondiéndolas como si fuera oro; se contentó con beber café, como los demás.

Había exigido que plantaran la tienda, y todos estaban ya acostados cuando volvió Loubet con unas cuantas zanahorias que había arrancado cerca de allí. Como no había medio de cocerlas, las comieron crudas, pero tanto exasperaban el hambre, que Pache se puso enfermo.

—No, no, déjele usted dormir,—decía Juan á Chouteau, viendo que éste quería despertar á Mauricio para darle su parte.

—¡Ah!—dijo Lapouille,—mañana cuando llegemos á Angulema tendremos pan. . un primo mío ha estado allí de guarnición y dice que es buen punto.

Todos se extrañaban de aquella salida, y Chouteau dijo:

—¡Pero qué! ¿Vamos á Angulema? ¡Vaya un animal, que cree que estamos cerca de Angulema!

No hubo medio de obtener explicaciones de Lapouille. Creía que iban á Angulema. El fué también quien aquella mañana, al ver los hulanos, había sostenido que eran soldados del ejército de Bazaine.

El campamento quedó envuelto en tinieblas, en medio de un silencio sepulcral. A pesar del fresco de la noche, se había prohibido encender hogueras.

Sabían que los prusianos se encontraban á pocos kilómetros, y los ruidos se ensordecían por temor de que los descubrieran. Los oficiales habían prevenido á las tropas que la marcha empezaría á las cuatro de la mañana para ganar el tiempo perdido,



no querían andar más. Eran las cinco. El general Douay, temiendo penetrar en los desfiladeros de Stonne, renunció á acabar la etapa señalada por el mariscal. Se detuvieron y acamparon; el convoy abajo, en las praderas, estaba guardado por una división, mientras que la artillería se instalaba detrás, sobre una eminencia y más arriba la brigada que debía ir á retaguardia, enfrente de Saint Pierrémont. Otra división, de la que formaba parte la brigada de Bourgain Desfeuilles, se estableció detrás de la iglesia, sobre una ancha meseta que bordeaba un bosque de encinas.

Llegaba la noche, cuando el 106º pudo por fin instalarse en la orilla del bosque, no sin gran trabajo, tal había sido la confusión para elegir los puestos.

—¡Silencio! dijo Chouteau, ¡yo no cómo, duermo!

Todos decían lo mismo. Muchos no tenían alientos para clavar las tiendas de campaña, se dormían donde caían.

Además, para poder comer hubiera sido necesario que la administración militar hubiese hecho un reparto de provisiones, y la administración militar, que aguardaba al séptimo cuerpo en la Besace, no se hallaba en Oches. En el abandono que reinaba, ya no se tocaba á provisiones. El que podía se aprovisionaba y el que no, lo dejaba. Desde este momento ya no se distribuyó nada á las tropas; los soldados tuvieron que vivir con los víveres que debían llevar en sus mochilas, y las mochilas estaban vacías; pocos fueron los que encontraron algo de lo que les había sobrado en Vouziers. Tenían aún café; los menos cansados lo bebieron sin azúcar.

Cuando Juan quiso comer, dando á Mauricio una

de las dos galletas que le quedaban, vió que éste dormía profundamente. Quiso despertarle, pero después, estoicamente, volvió á colocar las dos galletas en la mochila, escondiéndolas como si fuera oro; se contentó con beber café, como los demás.

Había exigido que plantaran la tienda, y todos estaban ya acostados cuando volvió Loubet con unas cuantas zanahorias que había arrancado cerca de allí. Como no había medio de cocerlas, las comieron crudas, pero tanto exasperaban el hambre, que Pache se puso enfermo.

—No, no, déjele usted dormir,—decía Juan á Chouteau, viendo que éste quería despertar á Mauricio para darle su parte.

—¡Ah!—dijo Lapouille,—mañana cuando llegemos á Angulema tendremos pan. . un primo mío ha estado allí de guarnición y dice que es buen punto.

Todos se extrañaban de aquella salida, y Chouteau dijo:

—¡Pero qué! ¿Vamos á Angulema? ¡Vaya un animal, que cree que estamos cerca de Angulema!

No hubo medio de obtener explicaciones de Lapouille. Creía que iban á Angulema. El fué también quien aquella mañana, al ver los hulanos, había sostenido que eran soldados del ejército de Bazaine.

El campamento quedó envuelto en tinieblas, en medio de un silencio sepulcral. A pesar del fresco de la noche, se había prohibido encender hogueras.

Sabían que los prusianos se encontraban á pocos kilómetros, y los ruidos se ensordecían por temor de que los descubrieran. Los oficiales habían prevenido á las tropas que la marcha empezaría á las cuatro de la mañana para ganar el tiempo perdido,